

RAMON SOTOMAYOR VALDES

POR

LUIS GALDAMES



RAMON SOTOMAYOR VALDES



RAMON SOTOMAYOR VALDES

SUMARIO.—I. Punto de vista crítico en la Historia.—II. Ambiente social, cultural y político de Sotomayor Valdés. El periodista y sus estudios económicos.—III. Misión diplomática a México. Apreciaciones sobre la situación de este país en 1863.—IV. La intervención francesa. Gestión oficiosa para impedir la monarquización de México con la mediación de Chile.—V. Proclamación del imperio y entrada de Maximiliano a la capital de México.—VI. Misión diplomática a Bolivia. Interpretación y resumen de la historia de este país. Caracterización del general Achá.—VII. Sombríos rasgos del dictador Melgarejo. Juicio de Alcides Arguedas sobre Sotomayor Valdés.—VIII. Concepción histórica derivada de los estudios sobre Bolivia. Su aplicación a Chile.—IX. La historia de un decenio. Propósito de exponer y de justificar la obra de un partido.—X. Caracterización de Portales y de Prieto.—XI. La Constitución de 1833 y la labor financiera de Rengifo.—XII. La guerra contra la Confederación Perú-Boliviana. El general Bulnes. Consolidación y prestigio de la República.—XIII. Crítica de la obra. Los juicios de Amunátegui Solar y de Barros Arana.—XIV. Síntesis y conclusión.

LA Facultad de Filosofía y Humanidades de nuestra Universidad contó entre sus individuos prominentes a Ramón Sotomayor Valdés. Consagró él a la historia su fina cultura y su sereno espíritu, hasta llevar a cabo

una labor muy digna de ser recordada y honrada. Se la reconoció en su tiempo, no sólo con la distinción aludida sino también con la de miembro correspondiente de la Real Academia Española. Cuando a los setenta y tres años de edad lo abandonó la vida, todo su pensamiento giraba aún en torno de la obra inconclusa que más quiso y a la cual sólo faltaban las páginas finales destinadas a poner en relieve el fondo de su filosofía histórica. Es un honor para mí que, con motivo del centenario de su nacimiento, se me haya designado para renovar el aprecio de su obra y para rendirle el homenaje de nuestra corporación (a).

I

La historia es una disciplina científica que se renueva constantemente. La que conocemos hoy, respecto de cualquier período, no es la que por tal se tuvo ayer y seguramente, no será tampoco la que domine mañana. Sin duda no variarán los hechos en lo que tienen de fundamental, aún cuando se les rectifique o añada algún detalle; lo que habrá variado y variará siempre es el animador de esos hechos, el historiador mismo, cuyo criterio para coordinarlos y valorizarlos será el de la cultura de su tiempo y el del ambiente particular

(a) Este bosquejo crítico-biográfico fué leído por su autor en la Universidad de Chile, el 3 de Mayo de 1930, como un homenaje de la Facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación a la memoria de Sotomayor Valdés, al cumplirse el centenario de su nacimiento. Con algunas ampliaciones se da ahora a la publicidad.

en que le ha tocado vivir. Lo que cambiará entonces no es el objeto que a través del pasado nos proponemos observar sino el punto de vista en que se sitúa el observador.

Quiéralo o nó, cada hombre vé, piensa y analiza con ayuda del acervo mental y los sentimientos dominantes de la sociedad a que pertenece. Este acervo varía en calidad y en cantidad para cada generación. Las ideas matrices que informan el criterio de cada una de ellas constituyen la filosofía de su tiempo, la cual se funda en conocimientos, necesidades y aspiraciones que antes, o no se pesaron, o no se hicieron sentir, o no merecieron alcanzar la misma importancia que después.

Esa mutación de los valores sociales no sólo afecta al presente; trasciende también al pasado, porque a él se acude a menudo en demanda de inspiraciones o sugerencias normativas de la conducta actual. De ahí resulta que cada generación busca en la historia la expresión de nuevos hechos o la rectificación de los ya conocidos, bajo una luz menos difusa que la empleada hasta entonces para presentarlos. A la vez, indica a su historiador la conveniencia de relegar a un segundo o a un tercer plano algunas categorías de hechos que antes ocuparon el primero.

Los eruditos imaginan que son ellos quienes renuevan la historia, con la acumulación de un caudal mayor cada día de documentos y datos de diversa especie. Sin duda contribuyen a esa renovación, agregando materiales para las síntesis próximas; pero sin la exigencia de valorizarlos a lo largo del tiempo con criterios diferentes, esos materiales

carecerían de aplicación y concluirían por fosilizarse. Lo que los hace útiles es la nueva faz que para cada generación ofrece la historia. Dicho de otra manera, la renovación constante de la historia tiene más carácter subjetivo que objetivo; no es por cierto el pasado lo que se renueva sino el presente y el historiador.

Por eso mismo las obras del historiador, junto con empeñarse en diseñar los rasgos comunes de la época a que se refieren, reflejan también las preferencias ideológicas y las preocupaciones dominantes de la época en que han sido escritas. Así es cómo cada generación reconstruye el pasado con el criterio del presente y las obras en que realiza esta reconstrucción vienen a ser a su vez documentos históricos para las generaciones futuras.

Hemos anticipado esas anotaciones, porque con frecuencia se olvida que, para comprender y valorar una obra histórica, es indispensable tener en cuenta las características de la personalidad de su autor, en los aspectos cultural y social, a medida que ella fué formándose. Necesitamos situar a ese autor en su ambiente y en su época. Sólo así podremos inquirir sus métodos, penetrar en su concepción del pasado y explicarnos sus apreciaciones.

II

Sotomayor Valdés nació y creció en el ambiente de nuestra antigua aristocracia criolla; y fué el fruto de una generación que se sintió llamada a grandes deberes. Era la primera generación republicana, que alcanzó a oír de boca de sus propios ac-

tores las gestas heroicas de la independencia y que luego aprendió a amar las nuevas instituciones, para completarlas y perfeccionarlas en un activo anhelo de progreso. Fué una generación esencialmente política; y los hombres selectos de sus clases superiores vivieron de preferencia consagrados a los negocios públicos (b).

El niño de 1839 oyó a su alrededor, en las calles de la capital, el estrépito de las músicas marciales; y vió pasar los regimientos vencedores que volvían de la jornada de Yungay, después de haber deshecho aquella Confederación Perú-Boliviana que amenazaba por el Norte la integridad de la república. Con ojos muy abiertos, admiró ese niño la marcha resuelta, la apostura gallarda y el rostro tostado de los combatientes victoriosos; y con sus manecitas concurrió a los aplausos de la muchedumbre, que por momentos rayaban en delirio. No comprendía aún el alcance de tales hechos, ni por su mente pasó esta vez la idea de contarlos algún día; pero la huella de esas emociones penetró en el misterio de la subconciencia y no había de borrarse jamás.

Terminados en el Instituto Nacional los estudios regulares, siguió en el mismo el curso de Derecho.

(b) Sotomayor Valdés nació en Santiago el 30 de Abril de 1830 y murió en la misma ciudad el 15 de Julio de 1903. Fueron sus padres don Martín Sotomayor Vicuña y doña Teresa Valdés Saravia. Padre de doña Teresa Valdés era el mayorazgo don José Antonio Valdés Huidobro. Durante la infancia, nuestro historiador vivió al amparo de su abuelo materno, quien falleció en 1839. Sobre el mayorazgo Valdés, véase D. AMUNÁTEGUI SOLAR, *Mayorazgos y Títulos de Castilla*, t. II (Santiago, 1903), Cap. IX.

La aurora de los veinte años lo sorprendió allí; pero la vida con sus caprichos,—que ahora se resolvieron en el quebranto económico del hogar,—le impidió seguir su preparación forense. Nada decisivo importaba eso, sin embargo. Las bases de la cultura superior estaban adquiridas; lo demás podía ser materia de una autodidáctica; y autodidactas fueron todas las mentalidades de selección.

Por lo demás, el camino elegido fué el de la mayor parte de los hombres de actividad pública en aquellos tiempos; sólo que él no alcanzó a terminarlo. Pero, disciplinado en seguida con lecturas de carácter económico e histórico, el estudiante de Derecho saltó resueltamente al periodismo; y en ese campo expansionó su juventud con toda la idealidad de las aspiraciones patrióticas.

Ser entonces hombre de prensa significaba ser hombre de partido; y Sotomayor Valdés fué lo uno y lo otro, como no podía menos de serlo. Por tradición de familia, por el círculo de sus relaciones, por sus sentimientos religiosos, por la orientación de su cultura y hasta por las circunstancias políticas en que le tocaba actuar, su puesto le estaba reservado en el partido conservador. Acudió a sus filas, en efecto; y desde esa época este partido lo contó siempre entre los suyos.

El partido conservador arrancaba su origen desde los primeros años de la independencia; pero su más honroso título derivaba del período que se inició en 1830 con el predominio de Diego Portales y consistía en haber contribuido a organizar la república, en condiciones permanentes y sólidas,

con la constitución de 1833. La aristocracia criolla del siglo XVIII, compuesta de viejos «pelucones», como sus adversarios los llamaban, formó el grueso de ese partido y concurrió a mantener, durante el gobierno del general Prieto y las dos administraciones siguientes, «el principio de autoridad»,—según el lenguaje de la época,—en que descansaba todo el mecanismo de la constitución.

Con la natural curiosidad del estudiante y con el interés propio de su estirpe, el joven Sotomayor Valdés asistió como espectador a los ardorosos debates parlamentarios y periodísticos que, entre los años 1848 y 1850, pusieron a prueba la resistencia de aquel partido en el gobierno y condujeron por fin a la revolución de 1851. Esta dolorosa catástrofe vino a ser su más eficaz enseñanza y lo convirtió en decidido prosélito de «la libertad dentro del orden», divisa del decenio de Montt, al cual el periodista sirvió luego con sus convicciones y su pluma. Era la divisa también, por esos mismos años, del imperio de Napoleón III.

En el segundo período de aquel decenio y mientras redactaba el diario *El Ferrocarril*,—de que era uno de sus fundadores,—las vicisitudes de la política lo llevaron a la oposición, porque a la oposición pasó el grupo de pelucones en que él militaba, lo cual le permitió acercarse a los adversarios de la víspera y escribir contra el «monttvarismo» en los diarios *El Conservador* y *La Actualidad*. En este último se alió a Diego Barros Arana, que ya sobresalía como historiador y que entraba al periodismo para atacar también la política gubernativa. Se estaba en 1858.

Sotomayor Valdés y Barros Arana, nacidos en el mismo año y compañeros de estudios en el Instituto Nacional, eran ambos de estirpe pelucona; pero mientras el primero, que guardaba intacta su fe religiosa, combatía al gobierno por creer que amagaba a la iglesia, el segundo, ya indiferente al dogma y de tendencias liberales, combatía al gobierno por lo que juzgaba sus excesos de autoritarismo.

Clausurada *La Actualidad* a fines de 1858 y envuelto luego el país en la voráGINE de un nuevo trastorno político, Sotomayor Valdés abandonó por algún tiempo la tribuna de la prensa, donde se había mostrado caballeroso y culto, aunque no todo lo ágil y flexible que este género de actividad requiere. Se dedicó entonces a trabajos agrícolas y a sus lecturas habituales. En él la inclinación hacia la historia seguía a parejas con el gusto por los estudios económicos, en que habían de descollar más tarde contemporáneos y amigos políticos suyos, como Miguel Cruchaga y Zorobabel Rodríguez. Todos procedían de la cátedra de Economía Clásica que, por los años 1856 a 1862, sentó en nuestra Universidad Juan Gustavo Courcelle-Seneuil, de tan vasta influencia y recordada memoria (c).

(c) BARROS ARANA publicó en 1892, en los *Anales de la Universidad de Chile*, un interesante bosquejo biográfico de Courcelle-Seneuil, ampliando uno anterior que databa de 1887. Véase aquél en sus *Obras Completas*, vol. XIII, pp. 191-214. Existe, además, una traducción francesa de ese artículo, publicada en París el año 1893. El bosquejo contiene particularmente noticias abundantes sobre la permanencia y los trabajos de Courcelle-Seneuil en Chile, como que el autor fué también uno de sus discípulos.

III

El equipo del historiador futuro podía considerarse ya literaria y científicamente preparado, cuando en 1863 se le envió a México, como encargado de negocios de Chile. Allí permaneció tres años, pero sólo poco más de uno en calidad de diplomático.

El espectáculo que entonces ofrecía aquel país a un residente extranjero era el más singular de cuantos pudieran presenciarse en el continente indolatino. Desgarrada la nación por una larga serie de convulsiones, un príncipe de la casa de Austria venía por fin a regirla, transformada en imperio, bajo el amparo de las bayonetas francesas; y mientras tanto, los caudillos patriotas levantaban el estandarte de la rebelión en diversos sectores de aquel territorio extensísimo y modelado en contrastes geográficos, como hecho para la guerrilla y la emboscada. El caudillo de los caudillos era un indio de pura cepa, pero dotado de talento genial, Benito Juárez; y su nombre repercutía incesantemente en la corte transplantada de Europa, como un clarín siniestro y amenazador.

Juárez era el presidente de México durante la representación diplomática de Sotomayor Valdés; pero un partido político, intransigente y clerical, tramó entonces y obtuvo, con el auxilio de la Francia, la ruina de la república, mientras el presidente se refugiaba en distintas ciudades del país, seguido de un ejército desbandado que, sin embargo, más tarde había de triunfar.

La correspondencia oficial de Sotomayor Valdés en aquellos años, es por sí sola bastante elocuente para revelar sus impresiones acerca del estado social, político y económico de México durante la lucha implacable entre los dos partidos que desgarraban el país bajo la intervención armada de la Francia. Interesante nos parece el conocimiento de algunas de esas notas en que ya el joven diplomático ejercitaba la pluma del historiador. Fácilmente advertimos en ellas la influencia del círculo que luego iba a ser preponderante en la capital de México y que por de pronto era la aristocracia conservadora y monarquista, a la que daba impulso un clericalismo batallador que todo lo subordinaba a sus reivindicaciones materiales. Con las reservas que esta circunstancia aconseja, vamos a leer las páginas que juzgamos más características de la situación que describen (d).

Once días después de su llegada a la capital de México, el encargado de negocios de Chile escribía al ministro de relaciones exteriores de su país, con fecha 22 de Mayo de 1863, la siguiente comunicación, cuya importancia no necesitamos encarecer para que se nos excuse su lectura *in extenso*.

«En tanto que se preparan nuevos acontecimientos en el orden político y en el curso de la guerra

(d) Hemos tenido a la vista, en sus copias originales, la correspondencia oficial de Sotomayor Valdés como encargado de negocios de Chile en México, desde Mayo de 1863 hasta Julio de 1864. Ella nos fué proporcionada por la gentileza de don Guillermo Feliú Cruz, quien recibió a su vez esa correspondencia de don Martín Sotomayor Lemoine, hijo de nuestro historiador.

internacional de esta república, creo oportuno dar a V. S. una idea suscinta del estado de cosas de esta nación, según los hechos que por mí mismo he podido observar y según los datos suministrados por personas competentes.

«A la verdad, me encuentro embarazado para clasificar y dar un nombre a la forma de gobierno que de hecho existe en México. Aunque hay una constitución escrita desde 1857, que establece la forma federativa y republicana, el buen criterio se niega absolutamente a reconocer tal forma en el orden de cosas existente.

«En efecto, ¿qué especie de federación republicana es aquélla en que la mayor parte de los Estados que se llaman confederados, son gobernados por jefes absolutos que, ora por ridículos simulacros de elecciones, ora por medios violentos y arbitrarios, se perpetúan en el mando? Qué especie de federación republicana es aquélla donde los Estados no reconocen y mucho menos practican la obediencia a una autoridad central, salvo las condescendencias de amistad o de conveniencia que las autoridades locales se permiten a veces para con el gobierno federal? Para encontrar algo de parecido a esta organización política, es preciso trasladarse a uno de los reinos de la Edad Media en que se veía un rey sin autoridad en medio de señores feudales absolutos.

«No es la presente guerra con la Francia lo que ha dado origen a esta organización política, nó; ella es muy anterior a la guerra con los franceses, y aún es preciso reconocer que esta guerra ha contribuído en cierto modo a formar un víncu-

lo que, sin quitar nada de su absolutismo privativo a cada autoridad local, la ha ligado más o menos visiblemente al gobierno común de la federación. Esto se explica: cada jefe político comprende muy bien la necesidad de someterse a cierta disciplina y conceder algo de su exclusivo dominio al gobierno general encargado de hacer la defensa del país contra la agresión extranjera.

«Hay en los hombres del partido dominante dos intereses capitales que les hacen ponerse de acuerdo sin gran trabajo y desplegar una audacia ya temeraria, ya heroica, en su conducta pública: esos dos intereses consisten en sostenerse en los altos puestos políticos a que han llegado en alas de la guerra civil, por la mayor parte desde las ínfimas esferas de la sociedad; y en disfrutarse una fortuna improvisada a costa de los bienes del clero o por otros arbitrios no más autorizados.

«V. S. sabe que una de las innovaciones capitales consumadas por el partido dominante hoy, consiste en la secularización de los bienes del clero. Acaso no ha existido jamás un país católico cuyo clero haya acumulado una riqueza igual a la del clero mejicano. Calcúlase en más de cuarenta millones de pesos el valor de lo que el clero sólo de México tenía en censos y diversas propiedades antes de la revolución que lanzó del poder al general Santa Ana.

«La presa era tentadora para la revolución. El erario del gobierno estaba pobre y desacreditado. Comenzóse entonces por autorizar la redención de los censos que pasaran de ocho mil pesos, constituidos a favor del clero. Dictóse igual medida des-

pués con respecto a los censos que pasaran de cuatro mil pesos. El valor de esta redención debía pasar a manos del Fisco en esta forma: 40% en dinero efectivo y 60% en bonos de la deuda interior que en plaza se cotizaban al 5%.

«Estaba ya el clero reducido a sus claustros y sus templos, y entonces fué disuelto, y sus claustros y templos confiscados, para pasar al dominio de especuladores privados. Muchos de esos templos, dignos de figurar en la capital del mundo católico, se han transformado ya en casas particulares; otros se demuelen actualmente, y otros, que aún no están enajenados, sirven con sus claustros de cuarteles o permanecen cerrados.

«Una ley especial prohibió en seguida, bajo severas penas, al sacerdote católico el llevar su traje canónico; por manera que la pequeña parte del clero católico que queda aún en México, anda propiamente disfrazada. Existe, no obstante, una ley que consagra la más amplia libertad de cultos.

«Aún no estaba completa la obra, pues quedaban las monjas en sus monasterios. Entonces se dictó un decreto en que se les mandó salir a la calle con rigurosa prohibición de reunirse más de dos en cualquier hogar. Más de quinientas religiosas salieron en un día de los claustros de esta capital, para distribuirse entre las familias que quisieron darles asilo. Tal es su condición actual.

«Con este género de confiscaciones, que no ha perdonado ni el mobiliario, ni los vasos sagrados, ni los ornamentos del sacerdocio católico, era de esperar que el fisco se hubiese enriquecido en términos de subvenir holgadamente a las necesidades

del gobierno civil. Nada demuestra, sin embargo, tal situación en la hacienda pública; y es opinión muy autorizada y por nadie desmentida, que de tanta riqueza confiscada, apenas un diez por ciento ha ingresado en arcas de la nación.

«La historia anecdótica de toda esta reforma abunda en hechos notorios, que en verdad no honran nada a los que la han consumado. Pero lo que a V. S. parecerá increíble es que las tres cuartas partes al menos de los bienes y fondos afectos a la beneficencia pública hayan corrido igual suerte que los bienes del clero; que algunos edificios magníficos que servían de hospitales se hayan enajenado por la décima parte de su valor; y que institutos que tenían por objeto educar niñas desvalidas, dotarlas y colocarlas en la sociedad, hayan desaparecido, sin que a tales extremos dieran margen ni esas doctrinas económico-morales que en la Europa han señalado el lado flaco de las instituciones de beneficencia, ni tampoco las necesidades creadas por la guerra actual con la Francia.

«Ya V. S. podrá conjeturar por estos antecedentes qué especie de pauperismo habrá en este desgraciado país, y hasta qué punto habrán aumentado los elementos del crimen, especialmente del saqueo, de esta enfermedad endémica de México; y V. S. comprenderá mejor aún la profundidad y la extensión de este mal, al saber que México apenas tiene vías de comunicación en su inmensa y quebrada superficie; que todo transporte es caro y toda comunicación difícil, y que la audacia de las exacciones fiscales ha terminado por atropellar, contra los intereses del mismo fisco, todo principio

y toda regularidad. De aquí ha nacido un desfallecimiento general en todos los ramos de la industria y la consiguiente desocupación de numerosísimos brazos que van quedando sin recursos.

«Y no parece sino que, a medida que la riqueza merma, las contribuciones se multiplican. A las aduanas exteriores cuyos derechos no bajan del 50%, a las absurdas aduanas interiores, al más absurdo derecho de capitación, a las loterías, a las alcabalas y otras contribuciones más o menos antiguas, es preciso añadir las creadas recientemente, tales como el cinco por ciento sobre las rentas individuales, el uno por ciento sobre los capitales y otras contribuciones extraordinarias, que se cobran con el nombre de subsidios de guerra, sin poner atención ni a la equidad ni a los medios usuales de fijar la base de cualquier impuesto.

«La naturaleza de México acusa una riqueza exhuberante. Así se concibe que en medio de sus continuas revoluciones políticas y a pesar de sus leyes económicas, se haya acumulado una gran riqueza social, que hoy parece desmoronarse a toda prisa bajo el doble sacudimiento de la guerra extranjera y de la guerra interna.

«Considero a esta nación en una de esas crisis violentas que traen en pos la vida o la muerte, la regeneración o la desaparición; y me sería profundamente grato que mi patria, a quien veo tomar proporciones gigantescas en el orden político y social, a medida que la comparo con las demás repúblicas de la América Española, y especialmente con México, contribuyese de una manera decisiva a po-

ner término a las convulsiones de esta desgraciada hermana».

Apenas se necesita advertir que las tintas de ese cuadro están demasiado recargadas, sobre todo en lo que se refiere al manejo de los caudales públicos. Pudo el diplomático, informándose en otras fuentes, haber tenido en cuenta la situación real del clero mexicano con anterioridad a la revolución que condujo a Juárez al poder. Quizás se le hubiese dicho que, por causa de las ingentes riquezas acumuladas, ese clero había abandonado en mucha parte su ministerio espiritual; que llevaba por lo común una vida poco edificante y que con su conducta había dado pretexto o motivo para la revolución de cuyas exacciones se quejaba ahora. Como quiera que fuese, una sana crítica aconsejaba explorar la opinión, no sólo en uno sino en ambos partidos extremos, y juzgar después con más reposo.

IV

Trasladado el gobierno de Juárez a San Luis de Potosí, a donde el cuerpo diplomático no quiso seguirlo, y ocupada la capital de México por el ejército francés que acababa de apoderarse de Puebla, tras un largo sitio, el diplomático chileno concibe la posibilidad de una mediación amistosa de su país, en común con otras repúblicas americanas, para evitar que se produzca la monarquización de México. Esa actitud guarda perfecta congruencia con la frase final de la nota leída. Chile, por su grado de progreso y su respetable organización po-

lítica, podría contribuir «a poner término a las convulsiones de esta desgraciada hermana».

La monarquización que el representante de Chile prevé en medio de aquella crisis, es inminente, por el estado de ánimo que observa en la alta sociedad mexicana, de pasiva resignación al curso fatal de los acontecimientos. Ignoraba él que hacía dos años, nada menos, la diplomacia europea y los emigrados de México tenían resuelta en París esa monarquización y que el imperio para el príncipe de la casa de Austria, a despecho de las pretensiones españolas en beneficio de la casa de Borbón, era ya un secreto a voces en las cancillerías del otro continente. Por eso se dirige a su gobierno insinuándole aquella mediación, fundado en las perturbaciones que presiente traerá consigo en las demás repúblicas americanas,—incluso en Chile mismo,—la erección de un trono imperial en México.

Pero como las comunicaciones postales son tardías e inseguras,—y no hay otras que éstas,—y como los sucesos van avanzando allí soluciones rápidamente, él se aventura por propia iniciativa a tentar la mediación que lo preocupa, a pesar que el gobierno provisorio que funciona en la capital no le ha mostrado buena voluntad y tampoco las tiene todas consigo ante el representante diplomático de Francia, M. de Saligny. Oigamos cómo Sotomayor Valdés cuenta sus pasos en ese sentido, en la comunicación del 29 de Junio del mismo año 1863, dirigida al ministro de relaciones exteriores de Chile.

«Desde que ví en la intervención un hecho consumado y triunfante, y hecho hasta cierto punto justificado por la degradación moral de la gran

mayoría mexicana, pensé en las condiciones bajo las cuales podría la América tolerar esa intervención, sin bochorno y en provecho de México.

«Algunos días antes de la instalación (el 25 de Junio) del Gobierno Provisorio había hablado de estas condiciones al ministro de los Estados Unidos, quien encontrándolas muy aceptables y convenientes, me pidió se las pasase por escrito, como lo hice, y se manifestó con la mejor disposición de cooperar conmigo al fin propuesto. De contado, que ambos debíamos proceder sin comprometer en nada a nuestros gobiernos.

«Algunos síntomas de manifiesta malquerencia de parte de los corifeos de la intervención, como de sus principales adeptos, hacia el ministro de los Estados Unidos, me hicieron decidirme a dar por mí solo el paso de una conferencia con el señor de Saligny. La pedí por un recado y la obtuve en mi casa.

«Previne desde luego al ministro de Francia que yo estaba acreditado como encargado de negocios ante el gobierno del señor Juárez y que las opiniones que iba a oírme me pertenecían en privado, aunque ellas nacían del conocimiento que tengo de mi propio país y del resto de la América.

«Entrando en materia, dije al señor de Saligny que, según los actos de la intervención, era imposible dudar de la existencia de un plan preconcebido para monarquizar a México. El ministro no lo negó. Le manifesté que en este plan había dos cosas que iban a sorprender y conmover profundamente a los pueblos americanos: el objeto y los medios, la mo-

narquía y la manera de establecerla; que dejando a un lado la conveniencia o inconveniencia de la monarquía, o de cualquiera otra forma de gobierno, la manera adoptada por la intervención para declarar esta forma, era tan irregular y contraria al principio de la soberanía popular en que descansan los gobiernos americanos y que no desconoce ningún pueblo civilizado de la Europa, que por esta sola causa creía poco menos que imposible que la obra de la intervención en México, cualquiera que fuese, obtuviese la aquiescencia de un solo gobierno americano.

«El señor de Salingy no oyó por cierto con complacencia estas razones, y se esforzó en refutarlas, protestando en primer lugar la sinceridad y desinterés en las miras de la intervención. Dijo que estaba enteramente convencido de que la forma monárquica tenía numerosos partidarios en México y era la única que podía salvar este país; que en la República Mexicana jamás se había hecho una verdadera elección, sino pronunciamientos para constituir gobiernos, y que así nada había que extrañar de que se emplease una vez más el sistema de pronunciamientos para cambiar la forma de gobierno. Añadió, por último, que no creía que la única nación bien constituida y respetable de la América Española, cual es Chile, hostilizase la obra de la intervención en México; y que de otros gobiernos, como el del Perú, sí esperaba y aún había experimentado la intervención una hostilidad solopada y mezquina que apenas merecía su desdén.

«Repliqué al señor de Saligny que en el supuesto de ser los pronunciamientos el único origen de

los gobiernos en México, debía por lo mismo la intervención abstenerse de tan reprobado arbitrio, fuente de tanto gobierno abortado; que, por otra parte, el pronunciamiento monárquico favorecido por la intervención, tendría siempre la nulidad de haber sido promovido y apoyado por una fuerza extranjera.

«El señor de Saligny tornó a su argumento anterior; y oyéndome objetar los decretos según los cuales se ha formado el Gobierno Provisorio y la Asamblea que va a pronunciar la forma definitiva de gobierno, acabó por decirme que era inútil que discutiésemos sobre hechos consumados; que abundaba en el convencimiento de que lo hecho era lo que podía y debía hacerse; y que debía yo creer que el gobierno del Emperador tenía pesado muy bien el pro y el contra de su empresa y previstas las consecuencias.

«Insistir en esta polémica me habría conducido infaliblemente a un rompimiento que era mi deber evitar. Me convencí de la inutilidad de dar ningún paso en las presentes circunstancias, en orden a modificar en lo más mínimo el plan de la intervención en México, y me abstuve por consiguiente de indicarle las condiciones y bases bajo las cuales presumía que acaso fuese aceptada por todos o los más de los gobiernos americanos la intervención de la Francia en esta república. A pesar de nuestra divergencia de opiniones, el señor de Saligny concluyó por reiterarme su particular aprecio por la República de Chile y por expresarme el deseo de continuar en buena amistad con el representante del gobierno chileno en México.

«Qué grado de sinceridad y de buena fé haya en estas manifestaciones me abstengo de calificar asertivamente. Pero sabido el buen concepto que tenemos merecido en Europa y América, ¿no es dado conjeturar con gran fundamento que se trata de neutralizar con halagos al pueblo más viril y único bien organizado de la América Española, a fin de apartarlo de toda tentativa que pudiera hacer abortar la obra de la intervención en México, o cruzar sus planes con respecto a otras secciones de Hispano-América?».

V

Días después de escrita esa comunicación, el 10 de Julio, se proclamó por el gobierno provisorio y una asamblea de notables el imperio de México y ya no hubo ninguna esperanza de rectificar el curso de los sucesos. Nuestro encargado de negocios, que había sido acreditado ante el gobierno de la república, carecía de poderes ante la junta de regencia que asumió el mando supremo en la capital, y no quedaba allí sino como mero observador. Sus relaciones con el presidente Juárez, instalado en San Luis de Potosí, a unos quinientos kilómetros de la ciudad de México, estaban interrumpidas casi por completo.

De hecho, pues, su misión había concluído. Sin embargo, él continuó en su puesto hasta Junio del año siguiente y envió a su gobierno otra serie de comunicaciones del más vivo interés, sobre los sucesos que en la capital y en distintos sectores del país se iban desarrollando. Sólo manifestó por co-

rreo su carta de retiro al gobierno de la república, que vagaba por los Estados del Norte ya en pleno desconcierto, al día siguiente de que el emperador Maximiliano y la emperatriz Carlota hacían su entrada triunfal en la ciudad de México. Este suceso tuvo lugar el domingo 12 de Junio de 1864. El diplomático chileno lo comenta, en comunicación oficial, como sigue:

«México ha sido por largos años la ciudad de las ovaciones; ella ha tenido constantemente arcos y flores para todos los gobiernos improvisados por el torbellino de las revoluciones. Pero V. S. sabe con cuánta frecuencia y veleidad el pueblo mexicano ha derribado sus ídolos de un día. Es preciso reconocer, sin embargo, que jamás un gobierno de hecho e improvisado excitó en una parte no despreciable de la población de esta república más grandes esperanzas ni mayor entusiasmo que el gobierno de Maximiliano, aunque impuesto por bayonetas extranjeras. Así es que la ovación con que le ha recibido México ha excedido a todas las anteriores».

Esa apoteosis impresionó con fuerza al diplomático y lo predispuso en favor del imperio, tan pronto como hubo terminado su misión. Así se explica que Sotomayor Valdés permaneciera dos años más en México sin ninguna comisión del gobierno de Chile y que tomara a su cargo, bajo el imperio, la organización del Banco Hipotecario, trabajo para el cual lo habilitaban sus estudios económicos con Courcelle-Seneuil. No fué bien mirada en Chile la intervención del ex-representante diplomático en los negocios del imperio, que era

impopularísimo aquí y en todo el continente; pero en ese puesto sirvió él de observador oficioso de los acontecimientos, en cuanto pudieran interesar a las repúblicas del Sur y particularmente a su patria.

En los dos años de libre permanencia en México, aunque cooperando algún tiempo a las reformas financieras del gobierno imperial, pudo él penetrarse del ambiente de desorganización y de anarquía que continuaba en el país, a la vez que de la decadencia del espíritu monárquico y del resurgimiento del liberalismo sostenedor de la república. Con el retiro gradual de las tropas francesas que trajeron la intervención, la base defensiva del imperio se iba minando visiblemente y nuestro observador se dió cuenta de que los días de este régimen estaban contados. No alcanzó a presenciar su trágica caída; pero conservó desde entonces un sentimiento repulsivo contra aquella política artera, falta de civismo y dignidad.

VI

Vuelto al país en 1866, partió al año siguiente a Bolivia, para servir en esa república el cargo de ministro plenipotenciario de Chile. Más de tres años duró esta misión; y ellos no fueron menos eficaces que los anteriores en la formación de su criterio político e histórico. Frutos de esa estada, aparecieron pronto en Santiago sus dos primeras obras: «*La Legación de Chile en Bolivia, desde Septiembre de 1867 hasta fines de 1870*», impresa en 1872, y «*Estudio Histórico de Bolivia,*

bajo la administración del general don José María de Achá», impresa en 1874.

En realidad y a pesar del orden de su publicación, la obra primeramente nombrada es como la continuación de la segunda; porque, aparte de la documentación diplomática que contiene, está precedida de una amplia noticia sobre el gobierno de Mariano Melgarejo, que siguió al de Achá, derribado por aquel caudillo a fines de 1864; pero el *Estudio Histórico* es, sin duda, más completo y también de más valor en su conjunto.

Vamos a examinar estas dos obras en el orden cronológico de los sucesos a que se refieren, lo que vale decir que primero nos ocuparemos con el *Estudio Histórico* y en seguida con *La Legación de Chile en Bolivia*. No se sabe entre nosotros la importancia que los historiadores bolivianos conceden a ambas obras, que consideran fundamentales en su literatura del pasado, por la fina y leal observación de los hechos (e).

Conviene, además, tener en cuenta que Sotomayor Valdés constituyó su hogar en Bolivia, uniéndose en matrimonio a una dama perteneciente a la

(e) Véase la *Biblioteca Boliviana* (Santiago de Chile, 1879); publicación dirigida por G. René Moreno, quien califica allí *La Legación de Chile en Bolivia* de «libro notable por sus revelaciones y su imparcialidad» (p. 516); y del *Estudio Histórico* dice: «Su fraseología de periodista tiene corte académico y le lleva a la forma perfilada y escultural del relato que informa sin describir» (p. 394). Por su parte, Manuel Ordóñez López y Luis S. Crespo, autores del *Bosquejo de la Historia de Bolivia* (La Paz, 1912) y Alcides Arguedas, en su *Historia General de Bolivia* (La Paz, 1922), citan a nuestro historiador como una autoridad.

alta sociedad del país. Esta circunstancia le inducía a mirar con mayor interés el pasado y el presente de aquella república, como que había adquirido, por decirlo así, el derecho de investigarlos y juzgarlos en mérito al linaje de sus hijos (f).

El *Estudio Histórico* no sólo comprende el período gubernativo del general Achá, que se inició en 1861, sino toda la época anterior de Bolivia desde los primeros movimientos tendentes a la emancipación. Había intentado en un principio, declara, escribir la historia completa de Bolivia, aprovechando la documentación y las informaciones que le fué dado recoger en La Paz y en Cochabamba; pero prefirió en seguida concentrar su atención al corto período mencionado y dar un compendio de la época anterior; porque, dice, «el cuadro de la administración del general Achá, aunque íntimamente ligado por la lógica de los acontecimientos, o sea, por el encadenamiento histórico, a las administraciones que lo precedieron, ofrece, sin embargo, un golpe de vista tan extraordinario, tan dramático y tan lleno de tremendas lecciones, que él sólo es digno de un libro aparte...

«Además, añade, podemos asegurar que el cuadro de la administración de Achá resume en un corto período todas las pasiones, todos los desengaños, todas las alternativas y extravíos de cerca de cuarenta años de una vida social enfermiza y

(f) Doña Edelmira Lemoine Jordán, con quien casó en Bolivia Sotomayor Valdés, pertenecía a una de las familias de más antiguas vinculaciones en aquel país; y algunos de los hijos de ese matrimonio han tenido actuación distinguida en la sociedad chilena.

febril». Alude a la fecha inicial de la constitución de la República de Bolivia, en 1825.

La síntesis de la época boliviana que precedió al gobierno de Achá, está escrita a modo de introducción, sin detalles y en términos comprensivos que apenas si es posible variar en muchos de sus relatos, a causa de la similitud de los movimientos políticos y militares que se suceden año tras año, a menudo trágicamente y en forma tan accidentada como el terreno mismo en que los hechos se producen.

Se pasa a lo largo de una serie de conspiraciones, pronunciamientos y guerras civiles que hacen tabla rasa de principios, leyes y compromisos públicos. Lo que menos luce en todo eso es la lealtad de los hombres, el desprendimiento patriótico y la consecuencia política. Una ligera vista sobre el estado social de Bolivia después de su independencia, tiende a explicar algunas modalidades de esas luchas que nos parecen hoy tan injustificadas como estériles.

El principal defecto que se ha señalado en esta obra es, sin embargo, su absorbente preocupación del hecho político, puesto siempre en el primer plano de las narraciones. Explican ese defecto la nota dominante de la época y las naturales preferencias del autor, que era a la vez diplomático y hombre de partido. Menos mal que se le reconoce que eso no compromete su imparcialidad.

Pero cedamos la palabra unos minutos al propio historiador, más con la mira de avalorar el tono de su estilo y de inquirir el secreto de sus concepciones, que con el ánimo de apreciar los acontecimientos.

tos bolivianos de aquella lejana época. Vamos a leer algunas páginas características.

«Dando una mirada comprensiva al período histórico que hemos recorrido, encontraremos, por punto general, una gran incongruencia entre las leyes y las costumbres: decretos sin cumplimiento, tentativas sin éxito, propósitos sin eficacia; cada gobierno atento sólo a conservarse y pronto a transigir con todas las exigencias inmorales y a condescender con todos los vicios sociales, con tal de existir. La política se ha convertido en un escamoteo social; la revolución no significa más que trastorno violento; subir al poder es ganar una partida de azar; dejar el gobierno es perder la partida. Cada revolución triunfante ha sido una feria de empleos; el mejor título para llegar a los altos puestos políticos, para ejercer el sacerdocio de la justicia, para ocupar la cátedra de la enseñanza, es ser amigo del jefe del Estado y haberle ayudado a subir o sostenerle, sea con la intriga, sea con el dinero o las influencias personales, sea con el sable en la mano.

«El favoritismo se ha convertido en costumbre y la costumbre en principio, hasta el punto de subvertir las ideas y crear una lógica sin sentido. El que no ha obtenido su partija de poder o no está contento con la que le ha tocado, cree tener derecho para conspirar contra el gobierno o para traicionarlo. Se han dictado muchas leyes; pero de ellas no han tomado los gobiernos sino la parte que les ha parecido cómoda y conveniente. El déficit se ha hecho crónico y el crédito nacional no existe. La industria no ha dado un paso. Cada funciona-

rio, al llegar al poder, dice lo que sabe en la primera hora, como para cumplir con un deber de cortesía, y hace lo que puede en las restantes para colmar su vanidad y egoísmo.

«Entre el gran mariscal Sucre y el general Córdova, el poder ha descendido desde el holocausto del apostolado hasta el festín de la orgía. Miserables pasiones, torpísimas costumbres, vicios vergonzosos, se han ostentado en el solio de los presidentes, han dirigido la política y removido los más sagrados principios, derramando a torrentes la corrupción por donde quiera. Las bellas tradiciones, la pureza de las costumbres, la llaneza y sinceridad de los sentimientos, las virtudes domésticas, se han quedado recogidas y asiladas aquí y allá, para honra de algunas familias y de algunos individuos a quienes la Providencia parece haber confiado la dichosa misión de salvar del naufragio el fuego sagrado de las virtudes.

«Hasta ese extremo había declinado la república, cuando Linares empuñó las riendas del poder. Su séquito era inmenso; pero no todos comprendían el alma y los propósitos del nuevo jefe del Estado, ya que para muchos era simplemente un caudillo vencedor, de cuyas manos esperaban recibir la parte correspondiente del botín quitado al enemigo. Linares no tardó en desengañarlos. Aquel hombre endurecido por la larga adversidad, profundamente convencido de la desmoralización de su patria y en quien la contemplación de la anarquía y de los vicios que corroían la sociedad había producido una especie de férrea crispación, se presentó en el gobierno como el antiguo gladiador en

la arena, resuelto hasta la muerte. Y con lo arduo de esta resolución correspondía la grandeza del propósito: destruirlo todo y hacerlo todo nuevo».
(g).

Veamos ahora quién era aquel general José María de Achá que vino en seguida de Linares,—a quien traicionó cínicamente,—y que movió la pluma del historiador chileno hasta el punto de consagrarle un libro. Después de narrar las primeras etapas de su azarosa vida, lo presenta así:

«Concluída la tarea de escalar, el general Achá experimentó en su carácter una notable mudanza, como si los abismos que rodeaban su altura le hubiesen puesto miedo y refinado su prudencia, como si al contento de la vanidad se hubiese mezclado el aguijón de la conciencia y como si barruntase haber llegado a la cúspide del poder cual otro Edipo, fatalmente condenado a la desdicha.

«Esforzó su patriotismo y los sentimientos benévolos, de que era muy capaz su corazón, y con buena fé se puso a la obra de reconstituir y regenerar al país. Pero los vicios de partido, el desencadenamiento de las pasiones, la escasez de hombres de estado, los furores de la guerra civil, las intrigas, las traiciones, perturbaron siempre sus planes y amenguaron su valor. No era batallador por temperamento; pero sabía resignarse y guardar serenidad en el campo de batalla, y el triunfo conmovía su alma hasta la ternura. Su instrucción era mediocre, su inteligencia clara y perspicaz, su pa-

(g) Sobre este célebre político boliviano puede consultarse también el libro de otro político y además diplomático chileno que lo conoció muy cerca, C. WALKER MARTÍNEZ, *El Dictador Linares* (Santiago, 1900).

labra desembozada y elocuente a veces. Tenía el porte de la tranquilidad y los modales del cortesano; y en medio de su vida tormentosa y distraída, nunca perdió la brújula del sentimiento religioso.

«Esperto en la historia de los despotismos de su patria y en particular de la última dictadura, había llegado a madurar ideas avanzadas sobre el gobierno democrático y hacía alarde de una templanza y modestia que le habrían hecho idóneo para gobernar una nación tranquila y sosegada. A propósito de cierto ex-funcionario que se resistía a desempeñar un puesto de menor calidad que el anterior, Achá escribía a Yáñez estas palabras: «es preciso convencerse de que en una república se puede con honor descender de la presidencia para ocupar el puesto de alcalde de barrio».

«Deseaba ardientemente implantar el régimen constitucional y parlamentario en Bolivia; y si alguna vez le faltó serenidad o paciencia para sobrellevar los abusos de una oposición impertinente, la verdad es que su moderación fué a menudo la prenda y garantía de la libertad en la tribuna y en la prensa. El conjunto de las cualidades de Achá pesó siempre como un agente moderador en la política de los diversos gabinetes de su época, ora templando el ímpetu de un ministro, ora corrigiendo la petulancia de otro. Pero nadie supo agradecer tanto esfuerzo, nadie quiso comprender los propósitos de aquel hombre, a quien unos comenzaron a tachar de débil y otros de tirano disimulado e intrigante.

«Vino la revolución de Diciembre (1864), y Achá se dejó derribar, como el que comprende que ha

llegado la hora de caer. Estaba harto de desengaños, cansado de las traiciones, fatigado aunque no disgustado de mandar. Aún no era viejo; pero su cabeza había encalvecido; en su rostro enjuto y blanco, en su frente elevada, estaban estampados los hondos surcos del dolor, de las decepciones de tódo género, del trabajo físico y mental, tal vez de las antiguas disipaciones de cuartel. Sus ojos azulados, que siempre fueron de indeciso mirar, habían perdido su lustre y vuéltose opacos y desmayados. Su cuerpo delgado y de talla regular comenzaba a encorvarse y presentaba los rasgos de una verdadera decrepitud.

«Sin embargo, aquel hombre estaba entonces enamorado como un mancebo. Poco hacía que era viudo, y de tiempo atrás había manifestado gran predilección por una sobrina suya, doña Concepción Guzmán y Achá, a quien declaró su pasión y su propósito de desposarse con ella, una vez que se vió libre para contraer nuevo matrimonio. La revolución de Diciembre y la traición de Melgarejo le turbaron y sorprendieron en una situación de ánimo que no le permitió comprender bien los deberes de jefe del Estado. Se dejó derrocar y rodó del solio del poder para caer (¡rara fortuna!) en los brazos de la mujer que amaba».

VII

No es menos interesante la caracterización de Mariano Melgarejo, en las páginas del libro *«La Legación de Chile en Bolivia, desde Septiembre de*

1867 hasta fines de 1870». Hay en esas páginas tal claridad y tal pureza de dicción que cuanto más se las lee más se las admira.

«Melgarejo, dice el historiador, ha anulado los talentos distinguidos de Bolivia. Los hombres buenos no quieren otra cosa que vivir olvidados. La más baja adulación ha escogido el cortejo del presidente; y la delación cobarde, solapada, anónima muchas veces, ha tomado la consistencia de una institución. Una simple carta anónima escrita por un arriero, en mayo de 1868, y dirigida a Melgarejo mientras estaba en Sucre, arrancó una orden fulminante de prisión contra varios vecinos de La Paz, entre otros don M. Bustillo, don Benigno Clavijo y algunos más. Esto sucedía a los pocos meses de haber dado el gobierno un decreto de amnistía y cuando nada era más gratuito que el suponer conspiradores a esos señores. El autor de la delación se había propuesto solamente tomar venganza de estos caballeros, por no haber accedido a ciertas pretensiones exageradas en un asunto privado.

«En muchas ocasiones, la rivalidad particular de dos empleados o de dos militares, ha dado margen para que el más bajo y ruin de los dos dé un golpe decisivo al otro, mediante un chisme soplado a la oreja del general Melgarejo. Ha habido esposa descontenta que se ha vengado de su marido, acusándolo de enemigo del gobierno. Los mismos sirvientes domésticos se atreven a perder a sus amos, por la delación. Ahora tres meses, cierta *chola* lanzada de la casa de unos señores Pérez, los acusó de haber vertido en una conversación doméstica algunas palabras ofensivas al gobierno. Melgarejo los hizo

prender y conducir a un cuartel, donde se les talló, se les cortó el pelo, a guisa de soldados, se les puso el uniforme de tales, y después de obligarlos a hacer el servicio de cuartel por algunos días, se les intimó la orden de deportación.

«¿Para qué acumular más hechos? Basta saber que el gobierno, a fuerza de proteger la delación, ha relajado los lazos del deber y del honor, en términos que nadie fía de nadie; y así la desconfianza mutua de los individuos ha llegado a ser un poder contrarrevolucionario, y una garantía de estabilidad para el gobierno.

«Puede asegurarse que Melgarejo no tiene un solo amigo de corazón; y sin embargo, todo el mundo lo acata. Entre cien individuos, hay noventa que llevan la conspiración en lo profundo de su pecho, pero que no se atreven a mover un dedo y parecen resignados a esperar más bien que un evento casual o el rayo de Dios acabe con el hombre que detestan. Más aún, Melgarejo no sufre que sus empleados, en particular los militares, se hagan estimar un poco. El menor síntoma de gratitud o de estimación pública por un empleado, es el precedente de su caída y de su desgracia oficial...

«Melgarejo siente el delirio del poder y tiene la pasión de mandar, sucediéndole con el poder lo que con los licores, a cuya bebida tan frecuentemente se entrega. Con el poder se embriaga y a medida que se embriaga, más poder apetece. Los miserables que le adulan por ambición o por miedo, le han hecho consentir que es el hombre necesario para Bolivia; lo que él cree como un dogma y lo defiende como un fanático. Y con qué perfecta

ingenuidad dice «mi ejército, mis generales, mis ministros, mis cónsules»; y luego dirá: «mi erario y mis pueblos», aunque ya pudiera decirlo con más razón que el czar de Rusia».

Cuenta por último que, entre las obras públicas emprendidas por Melgarejo, figuraba el aplanamiento de un cerrillo arenoso llamado Santa Bárbara, en las afueras de La Paz, con el objeto de dar ensanche a la población y facilitar el trazado de un camino. Apenas iniciada la obra,—que no ofrecía mayores dificultades,—con la cooperación de los vecinos y el ejército, «ha saltado le prensa del gobierno,—anota,—es decir la única prensa de La Paz, con su chocante y ridículo aplauso. No parece sino una burla la tosca alabanza que endereza a Melgarejo con motivo del trabajo de Santa Bárbara». Y copia lo siguiente del diario *La Situación*, que se imprimía en aquella ciudad:

«El ejército boliviano acaba de emprender una obra que por sus dificultades puede ponerse al nivel de las pirámides de Egipto, de la Numancia romana y del istmo de Suez. El hombre del siglo, el general Melgarejo, compadecido de los esfuerzos de esta ciudad para crecer hacia arriba, le ha proporcionado los medios de extenderse horizontalmente... El Espíritu Santo dice que con la fé se levantan las montañas. Melgarejo dice: con el entusiasmo de mis tropas se destruyen las colinas. Napoleón I, al tratarse de hacer una perforación por los montes Pirineos, dijo: si es posible, hágase. El general Melgarejo ha dicho: es más que probable nivelar una colina, pues la nivelo. Hágase, pues, justicia al genio

« iniciador, al espíritu potente, al hombre de em-
« presa que, para gloria de la civilización bolivia-
« na, emprende obras dignas de la antigua Roma». « Y Melgarejo,—concluye nuestro autor,—no sola-
« mente aguanta estas apoteosis de un sublime ri-
« dículo sino que las autoriza y se complace en
« ellas» (h).

Hay en esas actitudes un grado de envilecimien-
to que parece inconcebible. Sin embargo, Alcides

(h) C. WALKER MARTÍNEZ, en el libro antes citado, corro-
bora con una escena típica ese rasgo del carácter de Melga-
rejo y de los hombres que lo rodeaban. He aquí la escena
aludida, contada por Walker: «Yo ví de cerca a ese déspota,
que más parece pertenecer a la leyenda que a la historia;
cien veces hablé con él en su propio palacio y no llegué a com-
prender cómo encontraba apoyo hasta que conocí de cerca a
su gente y a su corte. La siguiente escena me dió la clave
del secreto. Recuerdo que una vez estaba con él en uno de
los salones del palacio contiguo al principal. Acababa de tener
lugar una especie de recepción pública en la cual los
nombres de «héroe», «primer soldado americano», «émulo de
Napoleón y Bolívar», etc. etc. y cuanto puede inventar la
adulación más rastrera, se le habían prodigado por muchos
vecinos de La Paz. Melgarejo, cansado de estas humillantes
manifestaciones de servilismo, se había retirado al salón en
que hablaba conmigo, muy joven entonces, sobre asuntos de
Chile. Los edecanes, ministros de Estado y generales, llenos
de los pies a la cabeza de bordados y entorchados de oro
de mal gusto, estaban en el salón principal como corte gro-
tesca de un monarca bárbaro, y hablaban entre sí y hacían
algún ruido. Fastidióse el caudillo con el murmullo que lle-
gaba hasta él, y abriendo la puerta y asomando la airada ca-
beza, dijo a los cortesanos estas textuales palabras que aún
conservo frescas y palpitantes en mi memoria: «¡Silencio,
canalla!» La turba calló y Melgarejo continuó la conversa-
ción interrumpida». (*El dictador Linares*, pp. 143-4).

Arguedas, que es actualmente el más conspicuo historiador de su país, confirma toda la verdad de ese cuadro y aún recarga los colores con que lo diseñó el historiador chileno, de quien se expresa como sigue:

«Es en estos momentos, es decir, en los primeros días de este mes de Septiembre de 1867, que entró a actuar en ese escenario un hombre probo, ponderado, de alta cultura intelectual y con bella pluma de escritor. Era el nuevo ministro de Chile, don Ramón Sotomayor Valdés, que venía a reemplazar a Aniceto Vergara Albano. Iba, como casi todos los extranjeros, sin conocer nada del país; pero su talento perspicaz, sus hábitos de estudioso y la ninguna complejidad del medio, le harían adquirir muy pronto un conocimiento cabal de sus cosas y de sus hombres. Y, curioso, pulcro, prudente, avisado, es en su gabinete de estudio que anotando día por día los sucesos, llegaría a dejar el documento acusador más formidable de esa época; porque, sin duda, es a Sotomayor Valdés a quien hay que acudir de preferencia para tener datos sinceros y verídicos, conocer mejor a los hombres, desentrañar la trama oculta de muchos sucesos» (i).

Pero no hay quizás plena justicia en condenar sin atenuación la conducta de esos hombres que hacían una orgía del poder, que se adueñaban de vidas y haciendas, que entraban a saco en los caudales públicos y que todo lo emporcaban y encanallecían.

(i) ALCIDES ARGUEDAS, *Los Caudillos Bárbaros* (Edición de Barcelona, 1929), págs. 134-5. Por cierto que se refiere a la época en que Sotomayor Valdés empezó a conocer al principal de esos caudillos bárbaros, Mariano Melgarejo.

A pesar de eso, llenaron ellos, sin duda, un misión histórica y fueron el fruto de su ambiente. Sin la garra de hierro con que atenazaban al país, acaso la unidad y la cohesión nacionales habrían desaparecido en el caos de la anarquía que incitaban en cada región y en cada pueblo los caudillos menores, tanto o más ansiosos de mando.

Además, en medio de las turbulencias continuas de una población semi-bárbara o bárbara completamente, el gobernante eficaz, es decir, el gobernante con poder efectivo, no había de situarse mucho más arriba de la masa, a riesgo de ser incomprendido y desautorizado por ella; necesariamente debía conformarse a sus instintos y a su mentalidad, y salir a menudo, como Melgarejo, de en medio de ella misma.

No era peor de seguro el caudillo triunfante que cualquier hombre de aquella masa, ni valía menos que sus émulos. Explicar la génesis social de este caudillo: he ahí lo que habría parecido estrictamente histórico. No lo hizo nuestro autor, aunque pretendiera intentarlo con el examen de algunos aspectos de la sociabilidad indígena. En todo caso, es una deficiencia de sus mencionadas obras, que algunos críticos han señalado con razón.

VIII

Como quiera que sea, el lenguaje de las páginas transcritas, grave en el discurso, severo en los conceptos y correctísimo en la forma, esa especie de solemnidad magistral de quien está adoctrinando un sumiso auditorio, aquella alusión a la Provi-

dencia que protege del naufragio «el fuego sagrado de las virtudes», todo eso guarda perfecta armonía con el anuncio que nos hiciera al principio, de que iba a tratar «un período dramático, lleno de tremendas lecciones y una vida social enfermiza y febril».

Ya probó Taine, en su *Ensayo sobre Tito Livio*, que el historiador clásico era un orador, como lo fueron también los otros historiadores antiguos cuyas obras son más apreciadas. Y oradores han sido cuantos después se han inspirados en ellos, tomándolos como prototipos de buen gusto y de composición. No ocultaron Macaulay ni Guizot su devoción hacia aquellos autores, como que su cultura era de corte clásico; y sabido es lo que Guizot y Macaulay significaron en la tribuna parlamentaria de sus respectivos países.

No hacemos estas referencias al azar. En los años que siguieron a la mitad del siglo pasado, las obras de Macaulay y de Guizot ejercieron el magisterio universal de la historia. Nuestro autor bebió, sin duda, en esas fuentes que descendían de las alturas greco-latinas y hasta pudo remontar a sus orígenes. Por eso fué también un orador mientras hacía historia. Las páginas citadas son magníficos trozos de oratoria política.

El lenguaje del castellano clásico, ampuloso y sonoro, que a principios del siglo pasado llevó Quintana a una alta expresión, tuvo en seguida, con Balmes, Olózaga, Pi y Margall, Lafuente, Valera y tantos otros, nuevas y más ricas formas, aplicadas a la filosofía, a la elocuencia y a la historia.

Sotomayor Valdés, lector asiduo, no pudo desconocer tales modelos; y su pluma, ya largamente ejercitada en las improvisaciones periodísticas, halló fácil tarea al entrar a servir otro género que exigía mayor reposo y gravedad. Se hizo histórica y adquirió muy luego el estilo noble del oficio. Pero los tiempos y las circunstancias eran particularmente de historia política; y supuesto que ella se distinguía, en los modelos, por su carácter pragmático y moralizador, así fué también en sus dos obras sobre Bolivia; y así quedó grabada, como concepción matriz, en su espíritu.

De otro lado, el espectáculo de esa república, desgarrada por facciones implacables, conducida por ambiciosos de poder que nada respetaban, esquilada y empobrecida por los mismos que auspiciaban su dicha, sin esperanza alguna de regeneración, pasando de un despotismo a otro despotismo, a cuál más desastroso para los intereses nacionales, esa visión real y trágica hirió profundamente sus sentimientos democráticos; y fué entonces cuando mejor pudo apreciar, con el contraste,—como ya lo había apreciado en el ambiente de México,—la probidad cívica de sus compatriotas y el valor incomparable del régimen de orden y de seguridad que desde cuarenta años imperaba en Chile.

Además, este régimen era, en sus rasgos dominantes a lo menos, obra del partido político a que él pertenecía. Algo suyo había en él; y tal régimen, en aquellos años, honraba a Chile y a la América. Con orgullo a la vez de prosélito y de patriota, se propuso historiarlo y presentarlo ante el continente como un ejemplo de que la república no era una

vana expresión en los pueblos de habla española.

Así surgió el esquema de la obra fundamental que había de preocuparlo hasta el fin de sus días, la «*Historia de Chile*, durante los cuarenta años transcurridos desde 1831 hasta 1871». Los dos primeros volúmenes vieron la luz de 1875 a 1876; y sólo abarcaban un período de seis años.

IX

No llegó por entonces esa obra a su término, ni había de poder llegar en los tiempos siguientes. Ocupaciones periodísticas, atenciones de orden político, un período de docencia en el Instituto, servicios administrativos como la oficialía mayor o subsecretaría del ministerio de hacienda, trabajos diversos en empresas de negocios y, en general, las exigencias del diario vivir, fueron obligando a su autor a aplazarla de modo indefinido. Mientras tanto, algún estudio especial, relativo a la personalidad de Diego Portales, y otro de más extensas proporciones, sobre la *Campaña del Ejército Chileno contra la Confederación Perú-Boliviana en 1837*, demostraban que no había abandonado del todo su primer propósito.

Sin embargo, transcurrido ya largo tiempo y venidos los achaques de la edad, hubo de limitar sus pretensiones, para poner término a una obra orgánica completa; y lo que en un principio iba a ser la historia de cuarenta años, se circunscribió a diez años. Fué la *Historia de Chile bajo el Gobierno del General don Joaquín Prieto*. En ella se vaciaron sus estudios anteriores, incluso la

Campaña del Ejército Chileno; y cuatro volúmenes, impresos entre los años 1900 y 1903, contuvieron el total de esa producción que significaba más de un cuarto de siglo de esfuerzos y meditaciones.

Fué la obra capital de su autor; y es sensible que, aun limitada como acabamos de decir, no alcanzara el remate y corrección finales. Le faltaron algunos capítulos; y entre éstos, el que seguramente habría tenido singular importancia, la vista de conjunto sobre aquel nutrido decenio de la vida nacional. Así y todo, el libro revela a un historiador de verdad. Hay en sus páginas el mismo método y un lenguaje análogo al empleado en el *Ensayo Histórico de Bolivia*; pero la investigación es mucho más severa y la crítica de las fuentes, más acabada.

Se abre el libro con una introducción que adquiere considerables proporciones. En ella se refieren los acontecimientos que siguieron a la revolución de 1829, concluída al año siguiente en la jornada de Lircay. Todos los aspectos de la vida pública chilena están allí considerados, desde el punto de vista de la reacción contra la obra de los gobiernos precedentes, de filiación liberal, reacción que fué la consecuencia de aquel movimiento revolucionario. La exposición es serena y detallada. No contiene juicios decisivos. Es sencillamente histórica.

Sin embargo, en esas mismas páginas no oculta él su propósito de justificar la revolución conservadora con el curso de los acontecimientos posteriores; pero empieza por reconocer francamente la ilegitimidad del punto de partida que sirvió a ésta

de principal sostén. Oigamos, porque es ilustrativa, su interpretación del hecho histórico.

«No diremos que el partido liberal de 1828 hubiese puesto al país entre la insurrección y la muerte. Sus doctrinas eran simpáticas, sus intenciones sanas, su patriotismo sincero. Pero su régimen político presuponía en el pueblo cualidades que éste no tenía, y olvidaba los hábitos y defectos arraigados en el curso de largos años. Regalar a un pueblo repentinamente facultades con las cuales no sabe qué hacer, es convertirlo en cómplice ignorante o más bien en instrumento inconsciente de ambiciosos perversos; es crear una especie de escamoteadores políticos, que son los únicos que aprovechan de la libertad, dejando su sombra al pueblo, y en último resultado, es introducir una tiranía anónima y rastrera que se siente en todas partes, sin personificarse en ninguna.

«Es cierto que este estado de cosas no puede eternizarse: al cabo la libertad, como el torrente, labra su camino, andando, bajo el seguro de que la vitalidad de los pueblos, como vitalidad de especie, resiste indefinidamente a los cataclismos más recios y sobrevive a la anarquía y al despotismo más prolongados. Más, ¡cuántos estragos y peligros antes que el curso de la libertad llegue a tomar su nivel lógico, natural y conveniente!

«Tal fué el aspecto verdadero del régimen de 1828. Para ahorrar los peligros de un largo ensayo político era preciso cambiar de sistema, fortaleciendo ante todo el principio de autoridad, en nombre de la paz pública y del progreso de las ideas, de la industria y de la moralidad, ventajas todas que los

pueblos inexpertos o incipientes adquieren más pronto bajo los auspicios de la autoridad, y que acaban por habilitarlos para el más amplio ejercicio de la libertad. Tal llegó a ser el programa político del partido conservador, y tal la justificación del movimiento revolucionario de 1829. Entre la política especulativa del partido pipiolo y la política experimental del partido conservador, la historia no puede vacilar.

«Pero, volviendo al criterio de las leyes escritas, preciso es reconocer que el cambio político operado por el partido conservador, fué ilegítimo, por más que para su consumación se alegase la conducta refractaria de las autoridades de 1829. Ilegítimos fueron la existencia y todos los actos de los poderes establecidos a consecuencia de la revolución. El partido vencido, aferrándose al legitimismo, tuvo razón en negar el derecho de la vida al gobierno conservador, y protestar contra su existencia y contra sus actos. ¿Pero ha debido juzgársele de la misma manera por las generaciones posteriores y por la historia? Para nosotros la cuestión es ésta: ¿supo legitimarse el régimen de los conservadores? El curso de los sucesos va a respondernos.

«Entre tanto, cabe observar que el gobierno de 1830, al obrar como poder de hecho, siguió la ley de todos los gobiernos de su especie: ellos nacen de la tempestad; pero no pueden vivir con ella, y en la necesidad de desarrollar el embrión de su vida, echan mano de lo que está escrito y de lo que no está; su fortuna es conocer la hora en que viven y el terreno que pisan; su desgracia es ol-

vidar todo esto por entregarse a los sueños de la ilusión.

«El gobierno de 1830 cubrió su desnudez con el ropaje de unas leyes que no había sido cortado para su talle, y que por tanto debía desgarrarse y saltar en girones en los bruscos movimientos de una lucha encarnizada. Así quedó pendiendo de sus hombres, pero destrozada, la constitución de 1828, y así se explica la contradictoria mezcla de legalidad y de arbitrariedad que caracterizó la primitiva política de aquel gobierno».

Tal es el fondo del cuadro que va a poner en relieve los sucesos siguientes y en el cual se destacarán pronto los personajes connotados que en ellos actúan. Sentadas las premisas que acaban de escucharse, es fácil presumir las conclusiones; pero no debemos anticipar por eso una apreciación consecuente en el sentido de parcialidad; porque el autor es leal con los hechos y a lo sumo podremos señalarle una constante inclinación a la indulgencia para con los fundadores de su hogar político.

X

La figura central de ese breve período es, como se comprende, Portales. Ya hemos visto que entra en el método de nuestro historiador la caracterización de los personajes que intervienen en los acontecimientos y la apreciación de conjunto sobre sus actuaciones. Nada habla mejor del estudio y del arte con que dibuja esos retratos que su caracterización de Portales, porque en ella se aunan la admiración, la simpatía y la benevolencia. A

propósito de su negativa para aceptar la candidatura presidencial en 1831, Sotomayor Valdés escribe:

«El ministro rehusaba, y con buena fé, la presidencia. Quería el poder pero sin las ligaduras, sin los miramientos incómodos, sin la etiqueta obligada del primer puesto del Estado. Sus costumbres, a un tiempo llanas y libertinas, sus pasatiempos favoritos entre amigos y camaradas, sus modales sueltos y sobrado francos, su caprichosa índole social que le hacía pasar del trato de los hombres más serios a la familiaridad con los más locos y estrafalarios; y de la ruidosa compañía al silencio del aislamiento; su inclinación a la ironía y a la chanza; su hacienda mal parada desde la liquidación del contrato del *Estanco*, eran otras tantas causas que le hacían muy amable la libertad personal, pareciéndole mil veces preferible dirigir la escena a ser el primer actor».

Y en seguida, como una pincelada que anima la coloración de ese cuadro, agrega el dato personalísimo que trae a la vez un reflejo de las costumbres de la época. Es agradable oír cómo lo cuenta él.

«Llegó a tener cierta celebridad en Santiago la asociación que por algunos años sostuvo Portales con sus íntimos y que por chuscada, más que por ningún otro género de pretensión, llamaron ellos mismos *filarmónica*. De tiempo en tiempo y ordinariamente los domingos, se reunían como alegres camaradas en una casa alquilada al efecto, y a estas reuniones invitaban a algunas mozas de modesta pero no de vergonzosa condición, y diestras sobre todo en el ejercicio de los instrumentos y bailes

más genuinamente nacionales. Allí, al son del harpa y la guitarra, se oían canciones y *tonadas* y se bailaba de preferencia la zamacueca. En medio de la confianza y de la alegría, reinaba, no obstante, cierta decencia y compostura. Estas diversiones, sin embargo, fueron para la maledicencia de partido el objeto de indecorosos comentarios».

El presidente Prieto está diseñado con las siguientes líneas: «Cauto, cortés, diplomático, ejercitado en las prácticas palaciegas, que había aprendido en la pequeña corte de los capitanes generales de la colonia antes de la revolución de 1810; religioso de corazón, frío por carácter y aficionado a instruirse, el general Prieto no tenía, tal vez por influjo de estas mismas cualidades, aquellos perfiles y rasgos romanescos que tanta popularidad habían granjeado a otros caudillos militares de la independencia, singularmente a Freire. Para hacerse dueño del aura popular había faltado a su valor cierta arrogancia caballeresca y a su ambición cierta audacia.

«Como hombre privado, era de costumbres intachables. En su primer viaje a la República Argentina con la expedición auxiliar mandada por Alcázar, contrajo matrimonio en Buenos Aires con doña Manuela Warnes, de una familia distinguida por su patriotismo y destinada a dar más de un guerrero ilustre a la causa de la independencia sud-americana. Entre los chilenos de la expedición no fué Prieto el único sensible a las gracias de aquella beldad argentina; pero fué el único que supo encontrar en ella una decidida correspondencia, como que a la afabilidad y buen gusto de sus

modales, reunía Prieto el atractivo de una bella configuración, siendo de estatura bien proporcionada, de ojos hermosos y benévolos, rostro blanco y apacible, y distinguiéndose en particular su continente por lo marcial y donairoso.

«Al llegar al primer puesto de la administración de la república, el general Prieto se mostró penetrado de la importancia de la misión que le tocaba desempeñar en el poder, y con la modestia que le era característica, dijo a sus ministros en la primera conferencia que tuvo con ellos: «En mí no encontraréis ciencia, señores; pero si honradez, patriotismo y un decidido deseo de hacer el bien».

Las expresiones finales concurren muy oportunamente a caracterizar el personaje, que fué en realidad como su historiador lo presenta: modesto, laborioso, probo y de una inteligencia cultivada, aunque falta de brillo y pretensión.

XI

El primer período del gobierno de Prieto, entre 1831 y 1836, se señaló principalmente por dos series de acontecimientos. Una de ellas se refiere a la preparación y a la vigencia de la constitución de 1833 y la otra, al afianzamiento y arreglo definitivo de las finanzas públicas. Ambas materias son tratadas con el detenimiento que merecen y con cabal competencia. Posteriormente y con el auxilio de nueva documentación, han podido ser examinadas más a fondo; pero ello no resta su valor ni al método ni al criterio con que en esta obra se las ha referido.

La figura del ministro Manuel Rengifo, en la gestión de la hacienda pública, surge imponente y distinguida. Es un hombre sencillo, trabajador y honrado, que sin hacer alardes ni omitir sacrificios pone al día las finanzas, después de un desorden de largo tiempo, y cimenta su desarrollo posterior sobre bases seguras. Es un estadista práctico, traído de los negocios, que no aspira más que a ser útil.

«El nuevo ministro,—dice el historiador,—era un hombre de 37 años de edad, de suficiente penetración para medir y pesar las dificultades de su empleo y de suficiente tino y resolución para atreverse a vencerlas. En diversas especulaciones mercantiles que había emprendido desde muy joven en Chile y en el Perú, ya que no consiguiera poner de su lado la fortuna, había logrado una temprana práctica de los negocios, el conocimiento de los hombres y un gran tino para manejarse en sus relaciones sociales; lo cual, unido a su circunspección, a su talento estudioso y observador y a su carácter apegado a la prolijidad y al arreglo, le señalaban como uno de los hombres más competentes para la administración de la hacienda.

«Con la paciencia y prolijidad que le eran características, Rengifo emprendió el estudio de la situación económica del Estado, limitándose al principio a unas pocas medidas que la impaciencia de unos y el espíritu hostil de otros no tardaron en calificar de pobres e insuficientes. En ellas, sin embargo, el ministro diseñaba el plan de hacienda que había de completar tiempo adelante y exponer y defender con tanto lucimiento en su Memoria

de 1834. Arbitrar recursos sin reagravar a los contribuyentes, regularizar los gastos dentro de una economía rigurosa, prefiriendo la justicia a la generosidad; no prometer nada antes de poder cumplir, y reducir el servicio del Estado al menor número de empleados compatible con la marcha regular de la administración, tales fueron las miras del ministro de hacienda en sus primeros pasos».

En mala hora sus amigos pretenden unirlo candidato a la presidencia de la república y buscan parlamentar con los caídos del poder en la revolución de 1829. Portales, que atisba desde su retiro distante el momento en que estos llamados «pipiolo» levanten bandera, vuelve de improviso a la capital, ocupa su antiguo ministerio de guerra, da la espalda al ministro de hacienda, su amigo de muchos años, e impone en definitiva la reelección del general Prieto.

El ministro Rengifo, al informarse del regreso y de los designios de Portales, abandona la gestión de las finanzas públicas y toma dignamente el camino del hogar. Su obra no estaba aún completa, pero ya era lo bastante sólida para resistir con éxito los embates futuros.

Tal es, en ligera síntesis, la primera parte de la *Historia de Chile* de Sotomayor Valdés. Hay, al lado de todo eso, muchos relatos minuciosos y sin importancia real de conspiraciones e intentos subversivos, que pudieron haberse limitado a unas cuantas líneas; pero hay también una porción de informaciones de índole diplomática, educacional y económica, expuestas con el método y el reposo que realzan el mérito de toda la obra.

XII

El segundo período de la administración Prieto es mucho más agitado. La dictadura de Portales, que degenera en tiranía después de declarada la guerra contra la Confederación Perú-Boliviana; su asesinato alevoso y los actos represivos que le siguieron; la primera e infortunada campaña de 1837; la campaña del año siguiente, que culmina en Yungay el 20 de Enero de 1839; el aniquilamiento de la Confederación; y en fin, el regreso de las tropas vencedoras; todo eso forma, en esta parte del libro, los temas más ampliamente desarrollados.

La personalidad del general Bulnes, enérgico y discreto conductor de la jornada victoriosa, adquiere el justo relieve que lo señala desde luego como el candidato inamovible para suceder al general Prieto en la primera magistratura nacional. Pero oigamos al historiador mismo resumir en un sencillo cuadro los efectos internacionales del desenlace de la guerra.

«La campaña de 1838 y 39,—escribe,—puso en evidencia las más altas virtudes guerreras que haya mostrado jamás un pueblo joven y apenas organizado; y la comportación de la república y de su gobierno, durante esa campaña y después de terminada, demostró tal altura de miras, tal interés por la suerte de las naciones americanas, tal desprendimiento y generosidad, como apenas sería dado encontrar paralelo en la historia de los países civilizados. Aún sin llegar a comprender todo lo que hubo de laudable y digno de aplauso en esta

empresa de la nación chilena, la opinión en Europa respecto a la causa de Chile y las miras de su gobierno, cambió considerablemente tan pronto como llegó al viejo mundo la noticia de la victoria de Yungay. El encargado de negocios de Chile en Francia don Francisco Javier Rosales, recibió por ello ardorosas felicitaciones del rey Luis Felipe, con expresiones muy honoríficas para los chilenos y otras no poco denigrantes para Santa Cruz.

«El gobierno de la Gran Bretaña, que sin dejar de simpatizar con la independencia de Chile, no la había reconocido todavía formalmente; que para hacer este reconocimiento había insinuado, como luego veremos, la idea de celebrar tratados de amistad y comercio destituidos de toda equidad para Chile; que había mirado con profundo disgusto los atrasos de esta república para con sus acreedores ingleses, y que al contemplarla empeñada en una guerra costosa contra la Confederación Perú-Boliviana, había llegado a persuadirse de que semejante empresa no era más que una calaverada, en la cual estaba Chile malgastando sus escasos recursos con perjuicio de sus acreedores extranjeros, el Gobierno de la Gran Bretaña, decimos, cambió de parecer y se sintió inclinado a tratar sobre el pie de igualdad con el modesto pueblo que acababa de orillar una campaña con que se habría enorgullecido cualquiera antigua y poderosa potencia.

«En España, cuyos hombres públicos estaban discurriendo de tiempo atrás variedad de planes y proyectos con el fin de arrancar a la América española concesiones y ventajas para la madre patria, en cambio de la declaración de su indepen-

dencia, docilitáronse también los ánimos para entrar en negociaciones con Chile y reconocer, sin condiciones onerosas, por nación soberana a la antigua y humilde colonia.

«En cuanto a la América, extraordinaria fué la impresión que en sus pueblos y gobiernos hizo la feliz terminación de la campaña de Chile contra la Confederación Perú-Boliviana. La nación que con tanto denuedo y resolución había castigado la audacia de un conquistador afortunado y devuelto su independencia y libertad al Perú y Bolivia, tenía que ocupar un lugar eminente en la familia de los pueblos hispano-americanos, y Chile lo ocupó, quedando dueño del Pacífico y en situación de dar con su peso a la balanza de la América latina, la inclinación conveniente. La satisfacción del país fué completa».

La obra no se limita, por cierto, a la narración de los acontecimientos indicados; extiende su visual histórica a la política del Perú y de Bolivia en esa misma época, y la da a conocer con sugestivos detalles. En ella aparecen como sombras extrañas, moviéndose en diversas direcciones, algunos proscritos chilenos, ansiosos de volver a la patria y presa de lamentables extravíos acerca de su verdadera situación.

De esos mismos países y en condiciones análogas, había personajes en Chile también; pero uno siente la impresión de que próceres venerables como O'Higgins y Freire, tengan que verse en tierra extranjera mezclados en cábalas y manejos que a la postre no habían de redundar en su honor.

La última parte de la Historia está destinada a

referir los acontecimientos que siguieron a la terminación de la guerra contra los confederados del Norte. La mudanza en las orientaciones de la política interior, en el sentido de conciliar y armonizar las tendencias extremas, las complicaciones de carácter internacional suscitadas con ocasión del conflicto, los progresos de orden económico, jurídico e intelectual dignos de ser anotados en aquel tiempo y cuanto pueda concurrir a formar la convicción de que una era de crecimiento se abría para la república, en una atmósfera de tranquilidad interna y de respeto en el exterior, son todas materias referidas o insinuadas en páginas de pleno optimismo.

La república se consolida y crece; y junto con el prestigio que gana en el extranjero, entra por las vías legales en un período ordenado y de provechosas labores. Se siente, al compás de los hechos, que la «humilde colonia» de hace apenas una generación, ha adquirido ya títulos suficientes para considerarse un Estado, no por pequeño menos respetable ni menos digno de su prosperidad.

El libro se cierra sin su término natural, porque a tiempo de concluirlo, también se cerraron los ojos de su autor. Falta el examen de los acontecimientos que precedieron a la elección del general Bulnes para la presidencia de la república, el juego de los partidos antes y después del acto electoral y la vista de conjunto sobre todo el decenio, capítulo éste último que habría permitido a la pluma elegante del historiador pasearse por el campo de las consideraciones generales con la expresión gallarda y armoniosa que le era peculiar y que le habría

dado la oportunidad de exponer sus conceptos sobre el giro dominante en el desarrollo progresivo de la nación. Pero si esta circunstancia pudiera restarle algún valor a la obra, no amenguaría en ningún caso sus merecimientos literarios, ni la investigación adecuada y precisa que la distingue.

XIII

A pesar de las cualidades expuestas, es forzoso reconocer el hecho de que la labor historiográfica de Sotomayor Valdés no ha logrado en su país el aprecio a que sería acreedora. Varios factores contribuyen a explicar este hecho, entre otros, la filiación política del autor, en relación con la época a que su libro más importante se refiere, época de preponderancia de su propio partido, controvertida muchas veces y juzgada con opuestos criterios; la característica, principalmente política también, de los asuntos a que consagra mayor atención; y el excesivo desarrollo de algunos capítulos, dedicados a sucesos que carecen de interés actual.

Esas fallas de método y composición se acentúan más, a nuestro juicio, con la amplitud exagerada de los relatos sobre las campañas militares de 1837 a 1839, amplitud que no guarda proporción con las materias de otra índole de que el mismo libro se ocupa y respecto a las cuales la brevedad llega a veces a la insuficiencia. Esto hace perder a la obra el carácter de historia general que debió haber conservado en mérito de su unidad orgánica; y ya que no podía darse a todos los aspectos de la vida nacional la presentación conveniente, habría sido

preferible que el examen de aquellas campañas permaneciera como obra especial, que en un principio fué, y no entrase más que de modo sumario en el cuadro completo del decenio. La fuerza evocadora del conjunto habría ganado así en vitalidad y expresión.

Algunos investigadores eruditos, por otra parte, han mirado como de reojo este libro, porque en sus páginas no se reproducen documentos inéditos, ni se proporcionan extensas biografías de personajes secundarios. Sin embargo, hay en él algunas biografías, como las de ciertos conspiradores, que habría convenido quizás omitir. Amunátegui Solar, entre otros críticos, se expresa respecto a la aptitud investigadora de Sotomayor Valdés, como sigue:

«La *Historia* de la administración Prieto se lee con extraordinario agrado, no sólo por la importancia del asunto sino gracias al estilo fácil y castizo de su autor. Se ha censurado a éste, sin embargo, por falta notoria de espíritu de investigación. En realidad, habrían ganado mucho la narración de los sucesos y el retrato de los personajes si, en vez de limitarse a consideraciones y noticias generales, se hubiera detenido el historiador en describir aquellos pormenores que a menudo dan pintoresco relieve a una situación y contribuyen a caracterizar a los hombres.

«Pero, para ello, Sotomayor Valdés habría debido poseer condiciones distintas de las que eran propias de su índole: habría necesitado enfrascarse en los archivos, estudiar con ahinco empolvados legajos y perder la vista en descifrar amarillentos

papeles de otro tiempo. Nada de esto hizo ni intentó siquiera realizar. Para conocer a fondo los personajes que historiaba y para juzgar con acierto sobre sus principales actos, se consideraba satisfecho con leer detenidamente las piezas oficiales, y los libros, folletos y diarios de la época» (j).

Muy mitigadamente compartió Barros Arana esos juicios y en cambio apreciaba la *Historia* de Sotomayor Valdés con los ecuanímenes términos que reproducimos a continuación, porque nos parecen decisivos.

«Su libro,—escribía,—es una historia en toda la extensión de la palabra, en que ha dado cabida a los hechos de todo orden. Para componerlo, ha adelantado considerablemente la investigación sobre todos los puntos, ha salvado omisiones, ha corregido descuidos, y ha escrito al fin una obra de un mérito sólido, que enseña a la vez que despierta nuestro interés.

«No creemos que la obra del señor Sotomayor sea la historia definitiva de ese período. Aún nos parece que nuevas investigaciones pueden adelantar el conocimiento de muchos sucesos. Creemos también que el autor ha podido recoger datos de otras fuentes que ha desdeñado consultar, como sería la tradición oral. Pero nos complacemos en recomendar su libro como uno de los buenos trabajos de nuestra literatura histórica. Hay allí un verdadero talento en la distribución de los materiales, arte en la disposición, seriedad, elevación y

(j) D. AMUNÁTEGUI SOLAR, *Bosquejo Histórico de la Literatura Chilena*, (Santiago, 1915), pág. 197.

rectitud en los juicios, elegancia y buen gusto en la elocución. Además, tratando, como trata, tantas y tan variadas cuestiones administrativas, diplomáticas, financieras, etc., el señor Sotomayor ha probado que había adquirido de antemano la conveniente preparación para apreciar y discutir todas estas cuestiones con pulso y discernimiento.

«Si bien es verdad que el señor Sotomayor pretende casi sistemáticamente justificar al partido conservador de las acusaciones de que se le ha hecho objeto, y demostrar los títulos que tiene a la gratitud nacional por haber organizado definitivamente al país después de la revolución de la independencia, es preciso reconocer en esta defensa una sinceridad y una honradez que no le permiten falsear un solo hecho, ni siquiera desfigurar las circunstancias. Uno de los principales méritos que hallamos al libro de que damos cuenta, es esa seriedad en la apreciación de los hechos y de los hombres, que prueba que el autor se ha penetrado de los deberes que impone el sacerdocio de la historia» (k).

Nótese que si entre Barros Arana y Sotomayor Valdés existía una antigua amistad desde los bancos del colegio, robustecida más tarde por comunes

(k) Este juicio se publicó en la Bibliografía de la *Revista Chilena*, correspondiente a Enero de 1876, cuando sólo había aparecido un volumen de la primera edición de la obra de Sotomayor Valdés. Con anterioridad y en la misma Revista, ya había considerado Barros Arana, en análogos términos, las primeras entregas del mismo volumen. Véanse estos juicios en D. BARROS ARANA, *Obras Completas*, t. IX, pps. 224-26 y 363-5. Después, cuando ya circulaban los dos volúmenes de

luchas y zozobras, en cambio había entre ellos también una perfecta contraposición de ideas religiosas, éticas y políticas; lo cual no impedía al libre pensador hacer justicia a la obra de un fervoroso católico y de uno de los conservadores más leales a sus principios.

XIV

Todavía es muy frecuente entre nosotros confundir la erudición con la historia y, lo que es más, al simple investigador con el historiador. Vamos a tal extremo, que no concebimos que se escriba un libro histórico sino debajo de anaqueles polvorientos, cuajados de mamotretos indescifrables y olientes a sótanos de siglos, desde donde habrá de extraerse el mágico tesoro del «documento inédito». En muy pocas partes conserva su prestigio esa superstición.

La historia ha llegado a ser una obra constructiva y orgánica, con un carácter definido que deriva de la interpretación del pasado, hecha mediante un criterio personal, claro está que sobre la base de una investigación cuidadosa. No es ya un mon-

aquella edición, el mismo Barros Arana calificó la obra, en la bibliografía de su *Compendio de Historia de América*, con esta frase: «estudio histórico tan valioso por su fondo como por su forma literaria». Posteriormente, en el primer volumen de su libro *Un Decenio de la Historia de Chile*, impreso en 1905, hizo numerosas referencias a la *Historia de Sctomayor Valdés*, ya publicada entonces en su forma definitiva.

tón inconexo de nombres y de cifras, como un catálogo de almacén.

Exigimos que de la historia emane algún sentido de los sucesos, alguna sugerencia ideal. Por eso la tarea reestructiva se divide hoy, entre el erudito que acumula los materiales necesarios y el historiador propiamente tal, que los clasifica y ordena para trazar los planos y ejecutar la obra. Son dos mentalidades diferentes; la una tiene más poder de análisis y la otra más poder de síntesis. Ambas se complementan; y a cada cuál su mérito.

Sotomayor Valdés no fué un erudito, ni hizo gala de investigador original, con lo que dicho queda que no malgastó su tiempo en exploraciones inacabables para darse la fruición de exhibir un documento inédito. Se conformó con ser nada más que historiador, o sea, constructor. Eso también contribuye a explicar la limitada fortuna obtenida por sus libros, en un país como el nuestro, donde sigue predominando el antiguo criterio sobre la manera de reconstituir el pasado; o sea, la simple acumulación de noticias sin otra valorización que la curiosidad de saberlas.

Además, puso en sus libros un poco de alma, pensando tal vez,—por encima de otras consideraciones,—que el historiador siempre ha ejercido un magisterio social, como que a su conciencia se vinculan el mantenimiento y la continuidad de los caracteres morales de su pueblo. Puede existir una sociedad sin historia, pero no existe una nación sin sus historiadores.

Cumplió él, nos parece, con tan elevado magisterio, lo mismo en sus obras referentes a Bolivia que

en su obra principal sobre Chile; y lo cumplió con sano espíritu de crítica y admirable don de estilo. También se exige del historiador una fría imparcialidad. Por nuestra parte, no sabríamos decir si en todos los casos él la tuvo; lo que sí puede afirmarse es que no fué insensible ni al dolor ni a los triunfos de la república naciente.